



Texto **Wolf Reiser** Fotografía **Simon Norfolk**

ROSTROS ETERNOS

Nemrut Dagı es tan reacio a desvelar sus secretos ahora como lo fue en 1881, cuando un ingeniero alemán dio con el lugar por casualidad. Tanto si se considera como un monumento a la megalomanía o un homenaje a la variedad de culturas, la tumba de 2.000 años continúa siendo tan enigmática como siempre

La verdadera razón por la que el ingeniero de carreteras alemán Karl Sester se encontraba en el sur de Anatolia bajo el calor sofocante del verano de 1881 era para estudiar la posible construcción de una nueva carretera. Se necesitaba una nueva conexión entre Persépolis y el Egeo para reemplazar la antigua ruta de adoquines. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue el panorama que veía desde su campamento todas las mañanas: el enorme Monte Nemrut se alzaba en forma de cono hasta una altura de 2.134 metros. Los campesinos y cabreros de la localidad hablaban a menudo de haber visto allá arriba enormes figuras de formas extrañas. Una mañana, Sester salió a lomos de su mula siguiendo un camino largo y sinuoso que le llevó primero a lo largo del Éufrates y después a través de fragantes bosques de pinos, higueras, adelfas, olivares y viñedos. Pronto el camino comenzó a hacerse más peligroso y las horas pasaban más lentamente al ritmo irregular de los cascos del animal.

Cuando Sester finalmente llegó al gran túmulo formado por millones de piedras del tamaño de un puño, se quedó con la boca abierta. Nunca había visto nada parecido a ese montículo funerario, con terrazas construidas al este, oeste y norte. Era como si un par de dioses primitivos hubieran abandonado de repente su juego de ajedrez. Ante sí se alzaban estatuas realizadas con toba blanca y arenisca verdosa. Algunos de los torsos todavía estaban sentados en los tronos de piedra. Sus cabezas decapitadas, tocadas con gorros hititas puntiagudos, estaban esparcidas sin orden ni concierto por las terrazas, como resultado de la erosión, los terremotos o el vandalismo. Cerca de allí, Sester descubrió un relieve impresionante de un león rodeado de signos astrológicos y con una luna creciente alrededor del cuello. Cabezas de águila de gesto severo parecían surgir del polvo y la arena. Tablas de piedra con inscripciones griegas recordaban a Sester la figura de Moisés y los Diez Mandamientos. Todavía sentado en su silla sin poder decir palabra, reconoció a Zeus, Apolo y Heracles entre los dioses de cada terraza. De regreso al campamento se dio cuenta de que este mausoleo, este palacio en donde se llevaban a cabo los rituales en la antigüedad, causaría sensación. En efecto, Nemrut Dagı llegaría a convertirse muy pronto en la octava maravilla del universo.

Un año después, la Real Academia de Ciencias Prusiana envió a Karl Sester de regreso a Asia Menor. Con él viajaba el arqueólogo Otto Puchstein. Ellos y



NUNCA HABÍA VISTO NADA PARECIDO... ERA COMO SI UN PAR DE DIOS PRIMITIVOS HUBIERAN ABANDONADO DE REPENTE SU JUEGO DE AJEDREZ

sus colegas turcos comenzaron meticulosamente a rescatar y seleccionar, restaurar y reconstruir, clasificar y catalogar, investigar e interpretar. Muy pronto determinaron quién había ideado este despliegue espectacular al aire libre. El Rey Antíoco I dejó grabados en piedra los detalles del proyecto Nemrut, en letra griega de cinco centímetros de alta. Era una versión antigua de lo que hoy llamaríamos una presentación multimedia.

Entre los años 70 y 38 a.C., el Rey de Comagene reinó sobre una especie de suiza helénica, un país pequeño, pacífico y próspero, en una frontera siempre insegura, entre los imperios persa y romano. No era solamente su destreza en mantener el equilibrio del poder o sus habilidades políticas y diplomáticas en lo que Antíoco parecía estar favorecido por los astros. Su capital, Samosata, ahora sumergida bajo el embalse de Ataturk, estaba situada en el cruce de importantes rutas comerciales y militares. Caravanas y buques de carga desde Damasco, Armenia, el Mar Negro y Palmyra aseguraban un flujo constante de dinero, mercancías y cuotas arancelarias. En el Éufrates, el oro y la plata “nadaban” junto al esturión y la trucha. El suelo volcánico fértil daba cosechas extraordinarias. Todo en Comagene florecía. Durante el reinado de 32 años de Antíoco, no hubo baños de sangre, ni desastres humanos o catástrofes naturales. En cuanto a la educación, sólo Éfeso podría competir con Comagene.

Antíoco buscó el consejo del Horóscopo del León, que le animaba a tratar con sensibilidad a Roma y permitir a su reino adoptar los valores de la religión zoroastra de influencia persa: virtud personal, verdad y sabiduría. El rey, que contaba con Darío de Persia y Alejandro el Grande entre sus antepasados, tenía motivos para construir en el Monte Nemrut, durante su vida, un panteón dedicado a sus dioses preferidos. Y, con los tres relieves supervivientes de Antíoco en actitud efusiva con varias divinidades, legó a la humanidad una señal de amistad eterna entre los mortales y el Monte Olimpo. En la línea 36 de las 237 líneas del edicto real inscrito en el dorso de las piedras de los tronos en las terrazas del este y el oeste, Antíoco declara que ha “sido previsor para



La tumba de Antíoco I recuerda al gran rey de Comagene (que gobernó del 70 al 38 a.C.) con una ascendencia legendaria que refleja las influencias religiosas y políticas de la época. Estatuas colosales de dioses griegos se encuentran entre águilas y

leones de piedra; en relieve aparecen los antepasados macedonios y persas del rey. La cumbre de la montaña fue reducida a arena para construir las terrazas del mausoleo. En 1987, Nemrut Dagı fue designado Patrimonio Universal por la UNESCO

Derecha: el túmulo cónico de Nemrut Dagı se asienta al final de una caminata de veinticinco minutos por un sendero sinuoso

poner los cimientos de esta tumba sagrada... en la que el exterior de mi persona conservado con fortuna, conservado hasta una edad avanzada, descansará, después de que el alma querida por Dios haya sido enviada a los tronos celestiales de Zeus, a través de tiempos inmensurables”.

En 1951, el arqueólogo alemán Friedrich Karl Dörner comenzó a investigar otros aspectos de la necrópolis. Descubrió que los arquitectos del rey habían empezado por reducir a arena el punto más alto del Monte Nemrut y utilizar esta arena para crear terrazas alrededor del centro de la montaña, a unos veinte metros bajo la cima. A pesar del deseo del rey de un descanso eterno, la curiosidad de los expertos continúa impulsando la investigación. ¿Dónde se encuentra ahora el rey? ¿Qué objetos deseó que pusieran en su panteón? ¿Cuál era el gran secreto que se llevó consigo? Dejó evidencia escrita de que tal secreto existía. “El Gran Rey, El Dios, El Justo... ha grabado para todos los tiempos, una ley bajo la cual él confía un mensaje inmortal a un monumento sagrado”. ¿Podría haber una fórmula, dada por Dios, para la paz, la prosperidad e incluso la inmortalidad escondida bajo un montón de escombros?

En la búsqueda del tesoro en los años 50 y 60, Dörner y sus colegas americanos cavaron e hicieron unos cuantos túneles pero pronto tuvieron que desistir. “No llegamos muy lejos porque los cimientos nos impidieron avanzar”. Incluso las expediciones autorizadas recientes que trabajaban con grúas hidráulicas, escáneres 3-D, magnetómetros y equipos láser de última tecnología, no encontraron nada nuevo. Las rocas seguían guardando silencio. El sol continúa abrasando, el viento rugiendo. No se han encontrado tumbas ni siquiera cavidades. Nemrut, altivo y majestuoso salvaguarda sus secretos.

En estos tiempos, los pocos turistas que vienen suben en coche por la mañana procedentes de la ciudad de Kahta, pasando los minaretes de color verde luminoso reflejados en las aguas del pantano Ataturk. Pronto llegan a una carretera zigzagueante de subida vertiginosa como una pista de esquí alpino. Después de unos cincuenta kilómetros, alcanzan las puertas del Parque Nacional Nemrut Dagı. Aquí, unos cuantos puestos de comida kurda venden fruta, pan ácimo, queso de oveja, te caliente, yogur y licor raki. Tienen que seguir a pie unos 25 minutos hasta llegar a las tres terrazas. Hace más de 2.000 años, Antıoco ordenó a sus ayudantes seguir exactamente el mismo sendero dos veces al mes en una procesión sagrada. Como premio por alcanzar la cima, los sacerdotes ofrecían alimentos y vino a campesinos y patricios. Después llegaron los sacrificios, las acciones de gracias, el culto, las habladurías, las oraciones y las celebraciones. Debe haber resultado como una mezcla suntuosa entre el Festival de Woodstock y *Mi Gran Boda Griega*.

Hoy, el ambiente es mucho más sosegado pero un simple interés por la afinidad entre el pasado remoto y el presente hace increíblemente edificante encontrarse rodeado de las imponentes cabezas de Apolo, Zeus y Heracles y sus tronos e ir más allá del ancestral altar de sacrificios, flanqueado por leones y águilas de piedra, para admirar la salida del sol en el este. Aquí arriba, estás solo, libre para rendirte a la magia del lugar y dar rienda suelta a tu imaginación. Al mismo tiempo, estas esculturas silenciosas nos inducen a meditar sobre este monumento a la tolerancia y la armonía. Tanto si estaba inspirado en la megalomanía de un rey o la humildad de un hombre sencillo, Nemrut Dagı está impregnado de un espíritu de reconciliación intercultural. ♦

